

¡Hay que ver! Fompedraza y su iglesia

J. Miguel Mieres

Continuando con esta sección en la que se nos invita, con buen criterio, a conocer y valorar el patrimonio cultural y artístico de nuestros pueblos y ciudades –tan cercanos y muchas veces tan desconocidos–, hoy os presento a **FOMPEDRAZA**, un pequeño y original pueblo (dicen que es “Villa”) a sólo nueve kilómetros de Peñafiel, asentado en el Alto de la Mula de la carretera VA-223 (Peñafiel – Cuéllar), que une más que divide

al pueblo en dos partes, y a algo más de novecientos metros de altitud sobre el nivel del mar (también “dicen” que por eso es el pueblo más alto de la Provincia de Valladolid), rodeado de tres valles, antaño áridos y hoy llenos de viñedos de la D.O. Ribera del Duero, almendros, pistachos y nogales. Y arriba, según se sube a la derecha, vigilante de quienes suben y bajan, os encontraréis con la iglesia parroquial de San Bartolomé.

No tenemos ningún documento que nos acredite el comienzo de la existencia de **FOMPEDRAZA**, cosa normal entre los pequeños pueblos, aunque el profesor de Arqueología de la Universidad de Valladolid, D. Tomás Mañanes, nos dice que tuvo que surgir entre la repoblación de Roa (913) y la de Sepúlveda (941). El primer documento oficial en el que aparece el nombre de nuestro pueblo y el de otros colindantes tiene fecha del 30 de noviembre de 1207. En él, el rey Alfonso VIII confirma *“el acuerdo entre los concejos de Cuéllar y Peñafiel sobre los mojones que dividen los términos de ambas villas, según la*

Composición hecha en 1193 por el concejo de Cuéllar y el Monasterio de Valbuena, por el que este Monasterio se obligaba a dejar dos cañadas expeditas hacia el río Duero por las cuales pudieran ambular libremente los ganados de Cuéllar, permiso que ahora se extendía también a Peñafiel”.

Aclarados, más o menos, los milenarios o centenarios comienzos de **FOMPEDRAZA**, toca ahora

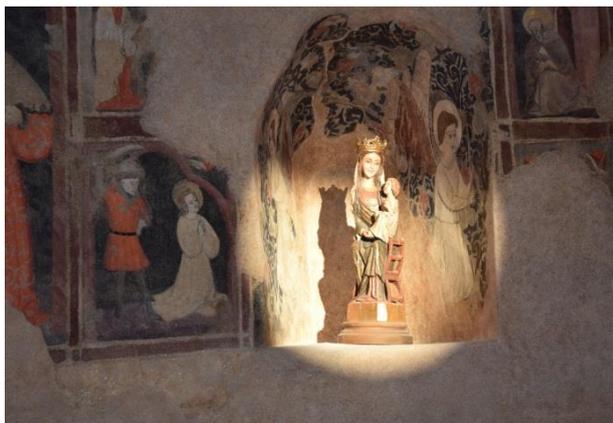
ir al objeto de este “Hay que ver”, que no es otro que la iglesia de nuestro pueblo. Según D. Jesús de la Villa, director del Museo Sacro de Peñafiel, su origen se remonta, al menos, al siglo XII. El edificio primitivo, como corresponde a un pequeño asentamiento rural, era una sencilla iglesia de una sola nave con ábside, de estilo románico tardío, de



la que ha llegado hasta nosotros el muro de los pies, al Oeste, y la espadaña del muro de cabecera, al Este, utilizadas ambas en posteriores ampliaciones y que nos han permitido calcular con exactitud las medidas internas de aquella pequeña iglesia románica: 16 metros de larga por 5 de ancha y 10 de alta.

En algún momento de los siglos XII o XIII, aquella iglesia fue ampliada por sendos atrios o galerías abiertas, una al Norte y otra al Sur, para aprovechar el solillo en invierno o resguardarse de sus calores en verano, siguiendo el patrón del llamado “románico segoviano”. Estos atrios eran lugar de encuentro, de reuniones públicas, de fiestas y festejos populares.

Dentro de las varias modificaciones y ampliaciones que a lo largo de los años se llevaron a cabo, seguramente la más importante tuvo lugar en el siglo XIV, que corresponde al momento en el que **FOMPEDRAZA**, con todo el Señorío de Peñafiel, estuvo bajo el gobierno del poderoso Don Juan Manuel (1284-1347). En este período hubo una renovación en los principales edificios de su señorío, desde el castillo y las murallas de Peñafiel a todas las iglesias y conventos del alfoz.



La iglesia de **FOMPEDRAZA**, por ejemplo, vio cómo se cerraban las paredes exteriores de sus atrios, se derribaban las paredes laterales de la nave románica y éstas eran sustituidas por grandes arcos góticos, pasando de una a tres naves, tal como la vemos hoy. La cubierta de la nave central se adornó con un artesonado o alfarje de madera policromada, siguiendo la tradición árabe y mudéjar que estaba de moda en toda Castilla en aquellos momentos. En la reciente restauración de la iglesia han aparecido restos de aquel artesonado con los escudos de armas de “los Manuel” (D. Manuel y su hijo D. Juan Manuel), así como los escudos de Castilla y León y cuatro cabezas coronadas, a una de las cuales hemos utilizado como parte principal del escudo de nuestro pueblo.

Las pinturas del retablo mayor

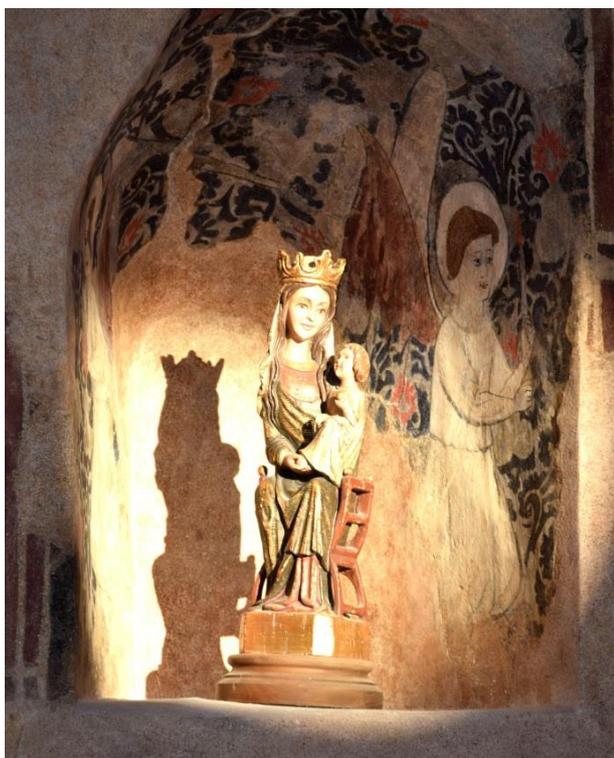
Para continuar con la historia de la iglesia de San Bartolomé, no tenemos más remedio que trasladarnos al año 2005 de este nuestro siglo XXI, momento en que se decidió desmontar el retablo mayor barroco (el tercero cronológicamente hablando) para su restauración, dado su deterioro por los daños sufridos con motivo del robo ocurrido en 1978 (¿también Éric el Belga?).

Al retirar el mismo, nos encontramos con el primitivo retablo de estilo gótico-tardío pintado al fresco sobre el muro del fondo del presbiterio (finales del siglo XIV). Se informó a la Consejería de Cultura de la Junta de Castilla y León de la aparición de estas pinturas (bastante bien conservadas, al haber estado protegidas por otros dos retablos posteriores), quien hizo un estudio sobre ellas viendo que merecía la pena su restauración, ya que no se trataba de pinturas sueltas, sino de un retablo completo, único en nuestra Comunidad, aunque no eran raros en Aragón los de este tipo. Tras los trámites pertinentes, a finales de 2008 se aprobó el presupuesto de la restauración, tanto de las pinturas como del resto de la iglesia, excepto la cubierta, y la obra se realizó en el siguiente año 2009.

La singularidad de este conjunto mural radica en que las pinturas se organizan siguiendo la estructura de un retablo: una calle central con el santo titular y calles y cuerpos superpuestos en los que se disponen los diversos pasajes y escenas de tres Santos: San Bartolomé, Santa Lucía y San Jerónimo, que mantienen una relativa independencia dentro del conjunto, como si se combinaran tres retablos en uno, y que se leen de izquierda a derecha y de arriba abajo.

La parte principal del retablo la ocupa la figura central de San Bartolomé con sus atributos personales: el libro del Evangelio, que indica su condición de Apóstol, el cuchillo relativo a su martirio (murió despellejado) y el demonio encadenado a sus pies. Las ocho escenas que lo acompañan, relativas a su predicación en Armenia y su martirio, siguen la narración del famosísimo libro “La leyenda dorada”, publicado en el año 1260 por el obispo italiano Jacobo de la Vorágine, en el que recopilan las tradiciones y leyendas de 180 santos y mártires desde el siglo primero del cristianismo, y que sería el manual al que todos los artistas acudirían (desde fray Angélico hasta el mismo Miguel Ángel, con su San Bartolomé a los pies de Cristo en el Juicio Final de la Capilla Sixtina) para poder traducir en pintura o escultura los santos patrones y patronas de los pueblos de Europa hasta bien entrado el siglo XVI.

En el lateral inferior izquierdo, vemos a Santa Lucía y diversos aspectos de su vida y martirio; en el lateral inferior derecho (muy deteriorado), está representado San Jerónimo ermitaño, a quien reconocemos por el capelo cardenalicio que aparece solitario en otro cuadro, además de por los restos de una tabla del segundo retablo. Por último, debajo de la figura central de San Bartolomé hay una hornacina, que en origen pudo ser una ventana de iluminación del presbiterio, donde se ubica una Virgen actual, flanqueada por dos espléndidos Ángeles ceroferrarios.



D. Sergio Núñez Morcillo (Departamento H^a del Arte de la Universidad de Valladolid) resalta las vestimentas de las pinturas que nos trasladan a la moda de los siglos XIV o XV, como el vestido de la hija del rey Polimio, el lujoso manto del rey Astiages, las armaduras de los soldados y los jubones y jaquetas de los sayones que están desollando a San Bartolomé, propias del estilo borgoñón o francés, moda en la que se inspira el traje masculino español de la década de 1420.

En el siglo XVI se construye la torre del campanario y se manda hacer un nuevo retablo (el segundo), esta vez sí: “de tablas pintadas” (como

Dios manda), que tapó el retablo inicial de la pared, pero con la misma temática de la vida de los tres Santos. Actualmente se encuentra en el baptisterio, donde nos sorprende por su serena y gran belleza la tabla de Santa Lucía. También de este siglo son el sagrario (1571) y la talla de madera policromada de San Bartolomé que se procesiona el 24 de agosto, día de su fiesta.

En el altar de la izquierda se encuentra un Cristo crucificado del siglo XVII, recientemente restaurado por Las Edades del Hombre, y en el altar de la derecha una talla gótica de la Virgen de las Candelas del siglo XIV, convertida en una imagen de vestir, pero que conserva bajo sus trajes lo fundamental de la talla medieval. Es la patrona del pueblo y se saca en procesión el día 2 de febrero. No puedo terminar sin comentar al lector un espléndido acontecimiento que descubrió este cronista hace pocos años: el llamado fenómeno o milagro de la luz equinoccial, que, aunque también ocurre en otras iglesias de nuestra Comunidad, en la de **FOMPEDRAZA** es verdaderamente espectacular. A la puesta del sol, en los equinoccios de primavera y otoño, entre las siete y ocho de la tarde, la luz del sol que penetra a través del óculo del hastial (la ventana redonda de la pared de la primitiva iglesia románica), un círculo luminoso de un metro de diámetro, recorre el lateral izquierdo de la nave central hasta colocarse completamente centrado sobre la Virgen del altar mayor, anunciándonos el comienzo de la nueva estación.

La iglesia se puede visitar los domingos y festivos de 10,30 a 11,30 aprovechando los oficios religiosos; también permanece abierta la Semana Santa y el mes de agosto. Durante el resto del año, si algún grupo está interesado en visitarla, puede ponerse en contacto enviando con anticipación un mensaje al 620985214 (Miguel).

Tras su restauración por la Junta de CyL, fue bendecida e inaugurada por nuestro entonces recién llegado arzobispo de Valladolid, D. Ricardo Blázquez, el día 20 de julio de 2010.